

OCTAVIO PAZ:
UN CAMINO DE CONVERGENCIAS



Juan Malpartida

OCTAVIO PAZ:
UN CAMINO DE CONVERGENCIAS

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Retrato de Octavio Paz, Rafael Doniz, 1987

© Juan Malpartida, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-507-2020

ISBN: 978-84-17425-48-7

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

NOTA A LA EDICIÓN	7
Octavio Paz: Un camino de convergencias	9
1. La persona y el mundo	11
2. Cuerpo/no cuerpo	45
3. Una poética en rotación	55
4. Del deseo a la contemplación	81
5. Pasos por el laberinto	101
6. Reinventando el amor	123
7. El analogista	157
8. La India, el tiempo y la historia	191
9. La imagen y el rostro	213
Diálogo	231
NOTAS	253
ÍNDICE ONOMÁSTICO	257

NOTA A LA EDICIÓN

CASI TODOS LOS TEXTOS recogidos en este libro han sido publicados previamente (entre 1992 y 2014), pero los he revisado para esta edición, a veces mermándolos, para evitar repeticiones, y en alguna ocasión ampliándolos levemente. La entrevista con Paz es de 1988 y fue publicada originariamente en la revista *El Urogallo*. Al recoger los diversos ensayos y aproximaciones a su vida y su obra, he detectado que, aunque escritos en épocas muy distintas, me han guiado algunas obsesiones y búsquedas. Alguna vez pensé en escribir su biografía, pero la obra en marcha sobre Paz (de la que han aparecido ya tres volúmenes) del escritor y profesor Guillermo Sheridan me disuadió de inmediato. Paz encontró en Sheridan a su mejor biógrafo, y en muchos aspectos a uno de sus mayores exégetas. Por lo demás, sin duda soy deudor de los muchos libros que se han escrito sobre Paz, desde el primero en español, debido al poeta y filósofo Ramón Xirau. Dado que mi libro no es académico, he citado sólo aquellos con los que he mantenido un diálogo más intenso, aunque no siempre son sobre la obra de Paz sino que están relacionados con su mundo.

Cuando no se indica lo contrario, todas las obras de Octavio Paz son citadas por la edición en ocho volúmenes de sus *Obras completas* (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999-2005). La correspondencia, hasta el presente, ha sido editada fuera de las *Obras completas* y por distintas editoriales:

Correspondencia Alfonso Reyes/Octavio Paz (1939-1959), México, FCE, 1998.

Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer (1966-1997), Barcelona, Seix Barral, 1999.

Cartas cruzadas. Octavio Paz y Arnaldo Orfila (1965-1970), México, Siglo XXI, 2006.

Cartas a Tomás Segovia (1957-1985), México, FCE, 2008.

Jardines errantes. Cartas a J. C. Lambert (1952-1992), Barcelona, Seix Barral, 2008.

Al calor de la amistad. Correspondencia con José Luis Martínez (1950-1984), México, FCE, 2014.

El tráfago del mundo. Cartas a Jaime García Terrés (1952-1986), México, FCE, 2017.

Otras correspondencias no recogidas en libro se encuentran en Zona Paz: <https://zonaoctavio-paz.com>.

**Octavio Paz:
Un camino de convergencias**

1

La persona y el mundo

I

Toda vida colinda con otra, está conformada por muchos significados, experiencias y mitos, comunes en alguna medida a otros, cercanos, lejanos, presentes y ausentes, y todos ellos suelen entenderse como históricos e intrahistóricos. Pero lo radical de cualquier vida y de cualquier biografía es la identidad que establece con lo que le ocurre, inherente a un relato en formación. Es una persona y no otra la que vive esto y lo otro, y una memoria aliada desde la interioridad a lo experimentado. Las obras otorgan a la subjetividad –esa impresión en principio sustentada por un yo, interior– un elemento común, forjado por la razón y lo conceptual, gracias al cual la comunicación existe y aquello que se vive en primera persona es susceptible de ser experimentado por alguien más. Las biografías de artistas, filósofos y poetas (poeta entendido de manera muy amplia: Proust y Faulkner, Joyce y Carpentier participan de esta categoría) pueden estar en sus obras, y de hecho las obras mismas son parte de su biografía, aunque en rigor las trascienden. El *Cántico espiritual* o *El infinito* forman parte de la biografía de Juan de la Cruz y de Leopardi respectivamente,

pero por ser obras poéticas son algo más que lo que puedan significar de biográfico (vida estricta, en cierto modo) de alguien nacido en Fontiveros en 1542 y muerto en Úbeda en 1591, o nacido en Recanati en 1798 y fallecido en Nápoles en 1837. Sus siglos y sus mundos personales fueron muy distintos y, sin embargo, gracias a sus obras (que fueron parte de sus vidas) alguien de nuestro tiempo las puede traducir en experiencia propia; al situarlos en un «ahora» personal los torna, en cierta medida, contemporáneos.

La vida de un poeta sin sus poemas es una mutilación: considerar que la obra literaria es algo semejante a un decorado. Lo contrario es lo cierto: todo escritor al hacer su obra se hace a sí mismo. Pero extraer del poema toda la información biográfica olvidando que todo poema verdadero se propone como trascendente a la experiencia individual, colindaría con la utilización interesada o con el abuso. Octavio Paz escribió, al inicio de un memorable ensayo sobre Fernando Pessoa, que los poetas no tienen biografía porque su obra es su biografía. Pero esto sólo es cierto si la entidad que denominamos poeta es, y sólo eso, el autor resultante de los poemas. No cabe duda de que incluso Pessoa tuvo vida antes y después del poema. El mismo Paz fue lector de biografías, hizo retratos y contó anécdotas de poetas que conoció, además de escribir una de las mayores biografías ensayísticas que se han realizado en español, dedicada a la poeta mexicana del siglo XVII Juana Inés de la

Cruz. Así pues, nos deberíamos preguntar, desde todos los ángulos de información posible, ¿quién fue Octavio Paz? Uno y muchos. Poeta, crítico literario y de arte, pensador, intelectual político, interesado en las ideas (sobre todo en la suerte del marxismo), pero también en la tensión diaria, sobre todo de México, director de revistas culturales, diplomático... Toda persona es un enigma, un arcano: no es un conjunto de datos que podamos asediar desde una disciplina (la psicología, por ejemplo) y agotar su significado. Tampoco es un relato del cual un novelista pudiera mostrar todas sus facetas en acción, aunque el relato aliado a la reflexión es lo propio de una biografía eficaz. Podemos hacer esto y mucho más, pero sabemos que toda persona, y algunas son humanamente más ricas que otras, confina con el misterio del ser humano y éste con la complejidad de la vida en general. Por otro lado, Paz fue de una lucidez singular y dado a situar en familias estéticas e ideológicas sus intereses intelectuales y políticos, en definitiva: a reflexionar sobre sí, sobre sus gustos, disgustos, atracciones y rechazos. Y lo hizo con tal brillantez que sus biógrafos habrán de poner cuidado en no verse deslumbrados por su saber crítico al tiempo que no podrán prescindir de sus reflexiones. Tanto Guillermo Sheridan como Christopher Domínguez Michael han sido, además de competentes, astutos en sus biografías dedicadas a Paz, y desde la admiración y el aprovechamiento de la inteligencia del biografiado, han sostenido la duda

necesaria para acceder a una comprensión crítica de su vida y obra. Mi propósito en esta reunión de textos es mucho más modesto y tiene por objeto algunos de sus temas y de sus libros: un pequeño encuentro de facetas a la búsqueda de una obra y, de manera tangencial, de una persona.

Paz escribió de joven algunas páginas de diario, y siempre ha deslizado confesiones al sesgo a lo largo de sus escritos públicos y de su correspondencia; también nos dejó algunos textos sobre su vida. Nos habría encantado que escribiera unas memorias. Su vida (1914-1998) se desplegó enlazada a un siglo convulso y creativo, en lo político y en lo cultural, que él vivió con amplia curiosidad no exenta en ciertos extremos de dramatismo. Nunca estuvo en la mente de Paz escribir sus memorias. Paz fue un hombre algo reservado con su intimidad, tan abierto intelectualmente como hermético para lo que sucede dentro del orden íntimo y familiar. Es cierto, podría haber escrito sus memorias, como muchos otros, otorgando el peso decisivo a la cultura y las relaciones. Fue un hombre interesado por los otros, y conoció a muchos escritores, artistas, políticos y científicos, como Villaurrutia, Neruda, Ginsberg, Malraux, Breton, Sartre, Cioran, Aron, Lévi-Strauss, Steven Weinberg, Nehru, Indira Gandhi y mil más. De joven fue comunista, aunque nunca aceptó el credo estético del socialismo realista, y a partir del pacto de Stalin con Hitler (1939) su distanciamiento se fue ahondando, aunque persistió en él, hasta los años

sesenta, una compleja esperanza en una ideología política apoyada en la tradición socialista por un lado y, por el otro, cierto anarquismo teórico, que fuera una visión del mundo, por decirlo de manera sumaria. Poco a poco la tradición liberal fue abriéndose paso en sus reflexiones, algo que ha contado con extensión y competencia Enrique Krauze.

Alguna vez confesó en privado que, de escribir sus memorias, dedicaría un capítulo a cada una de las mujeres que fueron cruciales en su vida. Sin duda pensaba en Elena Garro (1916-1998), cielo momentáneo e infierno intermitente de su vida; en Bona Tibertelli de Pisis (1926-2000), casada con André Pieyre de Mandiargues (amigo suyo), que fascinó a muchos, y con quien Paz tuvo una relación amorosa intermitente e intensa desde comienzos de los sesenta y que alcanza hasta el segundo año de su estancia en la India, justo cuando conoció a Marie-José Tramini (1935-2018), la tercera y definitiva pareja, con quien compartió sus últimos treinta y cuatro años, y sin duda con quien encontró la armonía en la intensidad que había buscado desde joven.

Octavio Paz nació el 31 de marzo de 1914 en la Colonia Juárez, pero vivió toda su infancia y primera juventud en Mixcoac, un pequeño pueblo que muy rápidamente fue integrado en la Ciudad de México, cuyo nombre, azteca, significa «Vía Láctea»

(Mixcoac: «tres sílabas azules», según Paz). Fue hijo único. Su madre, Josefina Lozano (1893-1980) era hija de padres españoles, de Medina Sidonia y de El Puerto de Santa María. Su padre, Octavio Ireneo Paz (1883-1935), descendía de una antigua familia de Jalisco. Era abogado, comprometido con la reforma agraria, y su episodio más importante fue ser representante de Emiliano Zapata en Estados Unidos, del que también fue su cronista y su biógrafo. Por revolucionario e indigenista, fue antiespañol. Figura difícil, sus actividades profesionales y su apoyo a la revolución le tuvieron más tiempo fuera que dentro de casa. Su hijo se queja en algún poema de que nunca pudo hablar con él. Padeció una gran afición a la bebida (la podemos llamar dipsomanía) y sus continuadas jaranas extraconyugales (tuvo una hija fuera del matrimonio, a la cual el Paz adulto visitó alguna vez, pero de la que nunca habló¹) fueron mostrando al joven Paz una figura compleja, inaccesible. Murió atropellado por un tren a los cincuenta y tres años. La figura paterna la desempeñó su abuelo Ireneo Paz (1835-1924): periodista y novelista asistido por un temperamento dialogante. Fue un liberal porfirista y masón, de mucho atractivo para su nieto. Paz siempre asocia a su abuelo con la biblioteca, y guardó muchos de sus libros hasta el final de su vida. En 1997 se produjo un incendio en su casa, en la sala donde había reunido algunos cuadros, objetos de la India y de otros lugares de Oriente que Marie-José y él habían adquirido en sus viajes

y estancias. En ese accidente desapareció también la biblioteca de su abuelo, algunos de cuyos ejemplares (una edición en tres volúmenes de los *Episodios nacionales*, por ejemplo) me mostró alguna vez con un orgullo afectivo. Tras el incendio, Paz ya no volvió a la que había sido durante muchos años su casa, en el Paseo de la Reforma, y un año después fallecerá en lo que se conoce como la casa de Alvarado, en el barrio de Coyoacán, una pequeña casa con una fuente de piedra a la entrada y, en la parte de atrás, un amplio jardín abandonado, algo melancólico, en cuyos altos árboles se posaban algunas águilas al atardecer. Ver en el azar una señal quizás sea excesivo, pero tal vez no lo sea pensar que ese incendio de la biblioteca del abuelo es un hecho que señala un comienzo y un fin.

Volvamos a la infancia: una cuarta persona, que también vivía en la misma casa (casa grande con un gran jardín, cuya entrada daba y da aún, porque existe, a la Plaza de San Juan, frente a una iglesia del mismo nombre) es su tía Amalia Paz (¿1865?-¿1937?), soltera, gran lectora de literatura francesa, caprichosa e imaginativa y quizás un poco chiflada, según su sobrino. Los primeros años de Paz transcurren en la ausencia casi absoluta de su padre, porque desde 1914 se había unido a las tropas zapatistas. Luego, en 1916, estuvo en California representando a Emiliano Zapata y vivió en esta ciudad hasta 1920. Paz ha contado en varias ocasiones que en torno a 1918 su madre y él viajaron a Los Ángeles para encontrarse con

su padre, y que residieron allí un par de años. Guillermo Sheridan, en su penetrante, documentada y perspicaz biografía en marcha² sospecha que se trata de un falso recuerdo, dada la dificultad de que una mujer joven con un niño de cuatro años pudiera viajar por un país en guerra y a un lugar tan distante, además de que la única referencia que hace Paz a todo ese período es, para su extrañeza, al primer día del colegio ante la reacción de sus compañeros al pronunciar la palabra «cuchara» en español. Pero hay datos y razones que me inclinan a aceptar la veracidad de esta estancia en Estados Unidos: en alguna carta, su padre confiesa en 1919 encontrarse «enteramente solo». Y Paz repitió el mismo dato en momentos muy distantes; si hubiera tenido alguna sospecha, ¿cómo no preguntarlo a su madre, que vivió hasta 1980 y a la cual visitaba semanalmente siempre que estaba en México? Más: ¿qué sentido cumple inventar algo así? Al parecer, su madre leía lo que escribía su hijo, ¿cómo no lo sacó de su error? Mi interpretación es la siguiente: tiendo a creer que estuvieron madre e hijo en Los Ángeles, pero que para un niño que no podía tener apenas recuerdo de su padre, y que ocupaba un lugar único en su madre, asistir a la llegada de un desconocido, a los seis años, y compartirlo con su madre debió ser una experiencia desagradable cuya traducción fue borrar de su memoria toda anécdota, salvo la inolvidable de la cuchara/*spoon* clavada como una herida que enlazaba con la primera extrañeza de

saberse otro y solo. Por eso me detengo en esta anécdota, porque añade algún dato significativo a la conformación de su imaginario. Para Paz supuso la primera percepción de lo que más tarde comprendería como alteridad: los otros; al tiempo que la percepción de sí mismo como problema. Era mexicano y no lo dejaban serlo; al volver a México, el hecho de venir de Estados Unidos, además de su aspecto («pelo castaño, tez y ojos claros»), lo señalaba de nuevo: la historia frente al esencialismo nacional. Descubre entonces la extrañeza, no una experiencia puntual sino recurrentemente viva a lo largo de su vida. Paz la ha descrito así: «La sensación no se ha borrado ni se borrará. No es una herida, es un hueco. Cuando pienso en mí, lo toco; al palparme, lo palpo. Ajeno siempre y siempre presente, nunca me deja, presencia sin cuerpo, mudo, invisible, perpetuo testigo de mi vida. No me habla pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice»³. Su primer colegio fue francés, de la orden de La Salle; luego inglés, el Williams.

Si la literatura comienza por el amor a las palabras (por una necesidad afirmativa), en Paz se inicia cuando oye hablar a su abuelo y cantar a su madre. El abuelo: las anécdotas y ejemplos, viajes, nombres, guerras, la historia, la moral, la reflexión. La madre: la armonía, lo remoto cercano (aunque nacida en México, todo en ella era español), las canciones andaluzas, el chorro vital, porque sí. Varias son las características del niño Paz: la soledad, la extrañeza de los adultos, pero

también la fascinación por sus mundos. El doble descubrimiento del jardín y de la biblioteca, tema al que dedicará uno de los más hermosos poemas de *Hacia el comienzo*, «Cuento de dos jardines». Si no declara, como André Gide, odiar a las familias, sí afirma que son nidos de alacranes: espacio cerrado donde afilan sus armas las envidias, rencores y manías, y donde se padece la cotidiana imposición de la cercanía y sus miserias. Aunque también es cierto que siempre contó con el cariño y la protección de su madre. Paz mismo, a lo largo de su vida, no parece haber tenido una familia en el sentido tradicional de la palabra. Tuvo una hija de su primer matrimonio con la escritora Elena Garro, pero por causas complejas el matrimonio, tras su primera fascinación, no exenta de angustias y problemas oscuros, como se refleja en la correspondencia existente de Paz con Garro de 1935, se fue arrastrando de un país a otro (México, Estados Unidos, Francia, Japón, Suiza) con los mismos malentendidos y diferencias, y duró hasta mediados de los sesenta gracias a que ambos fueron «liberales» respecto a sus vidas afectivas. Casado en segundas nupcias con Marie-José Tramini, no tuvieron hijos. Más que una familia fueron una pareja. Con ella compartió la poesía, el amor por la pintura, la cultura francesa, el culto por la amistad, los viajes, y un acuerdo interno que a muchos de los que los conocimos nos parecía milagroso. Paz pudo escribir *La llama doble* en sus últimos años (un viejo proyecto iniciado en

la India) porque esa realidad pasional estaba viva aún en él, en ellos.

No son muchas las confesiones que ha hecho Paz sobre su vida, y no son pocas si pensamos en su poesía. Pero estas últimas están relacionadas con su sensibilidad, con su imaginario, y sin duda conforman un rostro, el del poeta, que es algo más que el individuo Octavio Paz. Se apoya en la persona pero es a su vez un mito. La infancia y sus episodios son recordados en su obra a partir sobre todo de los cuarenta años. Coincidiendo con la lectura a fondo de Wordsworth (especialmente *The Prelude*), por incitación de su amigo el poeta inglés Charles Tomlinson, con quien mantuvo una amplia correspondencia, tan divertida como interesante en cuanto a asuntos relacionados con la poesía. Y ya en su estancia de 1970 en Inglaterra escribe *Pasado en claro*, un poema narrativo y reflexivo extraordinario, en el que su autor vuelve un poco al tiempo anterior a *Ladera Este*, y al de su complejo y fascinante poema mallarmeano final, *Blanco*. En él se aleja de ciertas experimentaciones no siempre memorables (*Topoemas*), y el poema vuelve a cantar y contar, deteniendo en ocasiones el curso del relato por la reflexión poética o las imágenes estáticas.

La salida de Paz de la India, tras dimitir de su puesto por la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco por las fuerzas del Gobierno mexicano en 1968, no pudo ser más difícil. Su idea era volver por esas fechas, fundar una revista con

algunos amigos, como Carlos Fuentes, Tomás Segovia y otros; sin embargo, los duros acontecimientos impidieron que se realizara y pasó varios años en Estados Unidos dando clases. Finalmente, en 1972 se establece en la Ciudad de México con Marie-Jo y funda *Plural* (1971), que luego se transformaría en *Vuelta* (1976). Dos obras mayores marcan estos años: *Los hijos del limo* (1974), un ensayo que prolonga y en cierto modo corrige, sin decirlo, algunos excesos de *El arco y la lira*, y *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982), una obra monumental, que se abre con un extenso estudio sobre la Nueva España para internarse en el mundo poético e intelectual, íntimo, social, político y religioso de una escritora que, en cierto modo, es su álgter ego. Si en su ensayo sobre López Velarde, Paz dejó entrever en buena medida su propio mundo sentimental y amoroso, en el estudio sobre la autora de *Primer sueño* podemos observar un doble de las dificultades intelectuales que Paz vivió en México desde su infancia.

Incluso los mejores estudiosos de su obra (sobre todo los mexicanos) han olvidado que Octavio Paz era, al cincuenta por ciento, español. Sus abuelos maternos, y toda la genealogía inmediata ligada a ellos, eran españoles. Venía por parte de madre de una familia de viñateros gaditanos, como Rafael Alberti. En una carta de 1965 de la valiosa correspondencia con Tomás Segovia, un español que en su infancia se trasplanta con sus tíos

(sus padres habían fallecido) a México, y utilizo la metáfora vegetal conscientemente, le dice: «Sé que sin España mi reconciliación con la vida –o como quieras llamar a lo que nos pasa y que no es exactamente la vida– no será completa». ¿Cómo atar los cabos? El regreso de Segovia a España no le fue fácil, al menos internamente, atrapado en un laberinto signado por el reconocimiento que dio título a uno de sus mejores libros, *Anagnórisis*. Paz, tras su primera estancia en 1937, vino a España, exactamente a Barcelona, en 1968, y luego en muchas ocasiones hasta el final de su vida. La carta-confesión a Segovia continúa: «En mi caso la experiencia fracasó –por culpa mía y de ellos (los españoles). Por culpa mía, porque *reconocí* con entusiasmo, pero sin exigencia, sin crítica. No advertí que era distinto y que debía defender mis diferencias –no sabía que el reconocimiento es recíproco y que no basta con reconocer al otro si el otro no nos reconoce. Ellos, por lo demás, nunca han sentido la necesidad de reconocirme (en el sentido profundo, no en el personal y aún menos en el literario). Mis diferencias no les interesaron y mis semejanzas me empequeñecían ante sus ojos. Extraña gente: ignoran todo lo que es distinto a ellos, y desprecian todo lo que se les asemeja». Cualquier lector de *El laberinto de la soledad* reconocerá esta cuestión, tan sutil y difícil de comprender como inmediatamente real.

Desde los años setenta España fue el centro editor privilegiado de sus obras, y tuvo en el poeta

y erudito Pere Gimferrer un interlocutor y colaborador importante. No tardó en redescubrir Madrid tras la muerte de Franco, e inmediatamente el sur de sus mayores, Sevilla, Cádiz... ¿Se reconcilió con España? Sí y no, como era previsible. Pero recuerdo que se le pasó por la cabeza establecerse en Madrid un par de años, aunque no llegó a realizarlo. Paz siempre vivió en México, en Estados Unidos, en Francia o en sus estancias en España, de manera crítica en cierto modo. Tal vez uno no puede reconocerse y ser reconocido salvo en algunos aspectos culturales, y con algunos, de aquí y de allá. Un país errante.

Octavio Paz hablaba bajito, y esperaba ser escuchado, y sabía escuchar, con una atención que a veces sorprendía por su intensidad. Le interesaba el otro y aceptaba la información personal sin dudar de ella en principio, dejando la responsabilidad de la verdad en el interlocutor. Pero esa actitud de orden ético inicial nos enfrentaba con la verdad de nosotros mismos. Paz era exigente. Hablaba pausado y se interesaba por la vida y las obras de los demás, fueran desconocidos (lo puedo atestiguar en mi caso o en el de muchos otros) o famosos. Conocía bien en principio España a través de Galdós, que en cierto modo era conocerla a través de don Ireneo, su abuelo paterno. También, en su juventud, a través de sus amigos residentes en México, Luis Buñuel, José Bergamín, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Juan Gil-Albert, Max Aub, José Gaos... Y luego a través de

los poetas, editores, pintores y escritores catalanes (Joan Miró, Tàpies, Gimferrer, Carlos Barral, José María Castellet, Gil de Biedma) y del resto de la península (Jorge Guillén, Juan Benet, Fernando Savater, María Zambrano, Brines, Bousoño, Sánchez Robayna, Cristóbal Serra, Juan Goytisolo, Julián Ríos y otros). Escribió y dijo que su experiencia en España durante la guerra en 1937 fue crucial en su biografía. A pesar de todo, tal vez no apreciaba mucho nuestro mundo «espiritual». En respuesta a una carta de Gimferrer, que desconocemos pero que podemos pensar que se quejaba en ella del ambiente español, Paz le dice: «Ahora los españoles son menos pobres [piensa en la España de pobreza y locura de Galdós] y menos locos, pero no han recobrado la sabiduría: su mundo espiritual sigue siendo sórdido». No le faltó razón en esto. También pensaba con admiración en la cordialidad abierta de los españoles, en nuestra falta de reserva que, a su vez, supone una cierta violencia en relación a nuestros semejantes y complacencia con nosotros. Es algo que le oí decir en algunas de nuestras conversaciones desde 1986. Paz, lejos y cerca, pasional y reservado, maestro de la reflexión y de la cultura (pocos como él en nuestras letras han tenido una relación tan penetrante con lo que importa en la literatura y en las artes), inquisitivo y distraído, acentuadamente honesto, druídico y divertido. Si se me permite la expresión, diría que Paz tenía alma. Un hombre con corazón, pero dispuesto siempre a vigilar

el salto de la sístole a la diástole. Fue igual antes y después de recibir el Premio Nobel (1990). No careció de vanidad ni de una continuada atención a la proyección de su obra, pero esto no destruyó una actitud de humildad real de fondo. La palabra «humildad» es esquivia y débil. Lo que quiero decir es que no dejó de sentir y pensar que lo que era tenía que ver necesariamente con los otros y por lo tanto no podía ser atribuido a un yo erigido en reyezuelo. Fue tan buscador de la afirmación que permanece como consciente de la fragilidad de todas las obras. En 1967 lo dice con claridad en una carta a Segovia: «Si algo de lo mío ha de sobrevivir, así sea por un minuto, es porque lo iluminan las obras de los otros, mis pares impares». Siempre fue fiel a la poesía y sus mundos; creyó en el amor pasional y le dedicó muchas páginas reflexivas al final de su vida, cuando otros rescatan viejos y desechados textos de juventud. Creyó que la libertad es, más que un concepto, un acto renovado: la prueba diaria de nuestra condición. Su actitud intelectual, si queremos denominar así el conjunto de su actividad intelectual, se caracterizó por la atención a las grandes ideas tanto como a las opiniones, el dominio de la *doxa*. Por otro lado, siempre estuvo dispuesto a revisar con escepticismo las nuevas ideas, los modos exaltados por las modas, los criterios ideológicos y estéticos aceptados. Miró a su siglo de frente, interpeló y discutió a diestra y siniestra, sobre todo con súcubos y dialécticos ergóticos. Amaba la naturaleza,

tan presente en su poesía, pero vivió siempre en ciudades, en México en pleno Paseo de La Reforma, sitiado por los ruidos del tráfico, algo que amortiguaba usando tapones para los oídos para poder trabajar. En su casa había un jardín interior, habitado por gatos tan lentos y adormilados como veloces y agitados. Vio en una mata verde surgida entre cascotes el misterio de la naturaleza. Estuvo tocado por la furia melancólica de Saturno, y aunque no vio las treinta y tantas señales del Buda, y la reencarnación y el karma le fueran imposibles de aceptar (al contrario que Marie-José, que los acogía con una sonrisa esperanzada), estuvo tocado por la tradición Madhyamaka, sobre todo por el lógico Nāgārjuna. Agnóstico, vivió tanto el budismo como el cristianismo en una relación de cerca y lejos. Cerca de esto, lejos de aquello. Fue creyente de niño, y murió sin desdecirse, tal vez contemplando, en el sentido platónico, los astros. «¿Yo creo en los hombres o en los actos? Yo creo...»

II

No niego la existencia de muchos estudios serios, documentados y útiles, y de algunas breves páginas preciosas en las que se nos invita a entrar en su obra —esa casa de la presencia—; pero echo de menos los ensayos que hubieran escrito un Cioran, un Roger Caillois o una Marguerite Yourcenar sobre este apasionado y lúcido politeísta.